

míos volver las espaldas al enemigo. Yo he visto jóvenes misioneros, llamados evidentemente por Dios, que antes de la lucha se mostraban llenos de valor y espíritu evangélico; yo los he visto huir acobardados al primer obstáculo, temblar de pavor á la menor sombra de peligro, y abandonar el campo cubriéndose á sí propios de ignominia y llenando de amargura á su jefe. Yo también me he postrado en tierra cual Josué, y cubierta de cenizas mi frente, he prorrumpido en amargas quejas y destemplados gritos de dolor. "Señor, he dicho, ¿para esto hiciste que estos infieles Levitas escucharan mi voz y la tuya, y abandonaran sus hogares con el fin de predicar aquí el Evangelio? Más valiera que nunca dejaran las dulzuras de la casa paterna; que nunca se hubieran arrancado al regazo de sus madres. Menos baldón recaería sobre ellos; y sin ningún bien, al menos ningún daño habrían hecho á la santa causa de que me has nombrado caudillo."

Tenedlo entendido, nuevos Levitas: del mismo modo que á la derrota de los tres mil de Hai, una falta precede siempre á estas defecciones. El Apóstol fiel á su vocación, que en lo grande y en lo pequeño cumple con la ley del Señor, ni siquiera sueña en dar un paso hacia atrás. Cuando se ve vacilar al pequeño ejército de misioneros; cuando las filas se desordenan; cuando el paso se afloja y se empieza á retroceder, podemos exclamar sin temor de equivocarnos: "Anatema hay en medio de tí, oh Israel; no podrás subsistir delante de tus enemigos, hasta que sea quitado de en medio de tí el que se ha contaminado con esta maldad." (Jos. VII, 13.)

Nuevo Levita! *confortare et esto robustus*. Que el opro-

bio de la huida jamás recaiga sobre tu frente. Vé á predicar el Evangelio como el Señor te ha enviado, sin vacilar á manera del perezoso que quiere y no quiere, según la gráfica expresión de los Proverbios (XIII, 4), *piger vult et non vult*. Marcha sin detenerte, sin echar de menos lo que dejas atrás, ni inquietarte por lo porvenir. Vé, que en nombre del Señor yo te envío, de la misma suerte que Él envió á sus Apóstoles: como corderos entre lobos: *tanquam agnos in medio luporum*. (LUC. X.)

¿Pero cómo, Señor, esta es la prueba de amor que das á tus escogidos y amigos? ¿Los envías al matadero, á ser devorados sin remedio, á ser víctimas de enemigos poderosos é implacables, como lo es de la tímida oveja el montaraz y carnicero lobo? No, responderé con San Ambrosio; no injurias de tal manera al Supremo Pastor de las almas. ¿Es él acaso semejante al mercenario, que apenas ve venir al lobo, cuando abandona las ovejas y se pone en salvo con vergonzosa huida? ¿De qué pastor que medianamente cumple con su deber, se ha oído decir en el mundo que abandone á su rebaño en las garras de las bestias feroces? No; Jesús, el buen Pastor por excelencia, no manda á sus corderos á ser devorados por las fieras, sino á que se cumpla la profecía de Isaías: depondrán los lobos su natural fiereza, y pacerán mezclados con los corderos que antes perseguían: *tunc lupi et agni simul pascentur*. (ISAI. LXV, 25.) Pero ¿qué digo? Es mayor el triunfo á que Cristo envía á sus discípulos; y como todas las victorias, mientras más gloriosa mayores dificultades ofrece, y más inminente es el riesgo de una vergonzosa derrota. Al tratarse de animales reales y verdaderos, nadie sospecha que el lobo vea de repente

crecer lana sobre su cuerpo, y trueque el aullido aterrador en el apacible balido de la oveja. A nadie ocurre, mucho menos, que el tímido cordero deje su nativa mansedumbre, y trocando sus apacibles retozos en asaltos feroces, adquiera los sanguinarios instintos del lobo carnívoro. No así con los hombres que el Señor envía á guisa de corderos en medio de otros hombres cuya perversidad y crímenes merecen que se les compare á bestias salvajes. No pasará mucho tiempo sin que las costumbres de unos y otros se asemejen; y si el lobo no se convierte en cordero, el cordero indudablemente se trocará en lobo.

¡Oh terrible alternativa! ¡Oh peligro inminente, capaz de hacer temblar al más decidido misionero! Y sin embargo, nada hay más cierto. Milagro, y milagro grande será el convertir á los lobos entre los cuales es enviado; pero será prodigio todavía mayor, el que si aquellos no cambian de naturaleza y de forma, tampoco se transforme el predicador, y que conserve su mansedumbre de cordero, sin aprender siquiera á aullar como aquellos que lo circundan.

Pero no temáis, no desmayéis. El Señor mismo es quien os envía para mostrar su poder; y al anunciároslo, es como si os dijera, segun observa el Crisóstomo: "No os turbéis porque se os envía en medio de lobos; porque yo puedo hacer no sólo que no padezcáis el menor daño, no sólo que no os venzan los lobos voraces, sino que aparezcáis delante de ellos majestuosos, imponentes, terribles más todavía que el rey de las selvas, el león, ante quien todas las fieras se humillan; pero os conviene que os envíe de esta manera, para que sea más brillante

vuestra corona, y resplandezca más y más mi virtud. Yo estaré con vosotros; pero á vosotros también toca poner algo de vuestra parte para no ser vencidos y estar seguros de mi gracia y mi protección: *sed, pues, prudentes como las serpientes, y sencillos como las palomas.*"

Óyelo atento, nuevo presbítero: no sólo la mansedumbre del cordero, no sola la sencillez de la paloma; es indispensable también que te adorne la prudencia de la serpiente. ¿No véis á ese reptil, dice San Hilario, cómo al mirarse amenazado de muerte, se enrosca todo y oculta la cabeza en las largas espirales de su cuerpo? Recibe golpes, resiste hasta la amputación de importantes pedazos de su prolongado organismo; pero defiende su cabeza, y solo la entrega cuando ya no le resta con que protegerla. Así ha de hacer el varón apostólico. Desgarren su cuerpo en hora buena los lobos feroces, quebranten sus huesos, beban su sangre gota á gota; pero no permita jamás que su alma padezca detrimento: guarde, oculte, defienda su cabeza, que es Cristo, y conserve incólume su fé y sus costumbres en medio de los mayores peligros. Y en verdad, continuaré con el mismo santo, la exquisita prudencia y tacto finísimo de que se valió la serpiente para precipitar á nuestros primeros padres de su trono de gloria, ¿no nos servirá á nosotros de norma para el bien? ¿no ajustaremos á ella nuestra conducta evangélica? Se guardó el astuto animal de dirigirse desde luego al varón. Supo bien que el medio más seguro de llevar á cabo su empresa era insinuarse con el sexo débil: *animum primum mollioris sexus aggressus est.* Se dirigió, pues, á nuestra madre Eva en el momento propicio, y la sedujo prometiéndole la inmorta-

lidad. Con iguales promesas triunfarémos nosotros. Hablemos constantemente de la vida futura; con el ejemplo y las palabras desarraiguemos de los corazones el amor á las cosas presentes, y lo que la infernal serpiente prometió con mentira, ofrezcámoslo nosotros con verdad. Seréis como dioses, dijo ella, desobedeciendo al Señor. Os harémos iguales á los ángeles, digamos nosotros, aprovechándonos de todas oportunidades y espiando el momento propicio; seréis iguales á los ángeles, siempre que imitéis la pureza de vida de aquellos bienaventurados espíritus, siempre que marchéis sin desviaros sobre los mandamientos del Señor.

¡Nuevo presbítero! escucha, por último, el bello consejo que, comentando las palabras del Salvador, te da el insigne Rabano Mauro. "Al acercarse la estación favorable, abandona la serpiente los caminos anchos, y busca por todos lados los pasos más estrechos y las hendiduras más angostas. Por ellas atraviesa una y mil veces oprimiéndose el cuerpo, y así más pronto y más fácilmente deja la piel antigua, y sale brillante y renovada. No de otra suerte el predicador evangélico ha de abandonar los caminos anchos del mundo. Busque la senda estrecha de la mortificación y la penitencia, y despojese así totalmente del hombre viejo antes de empezar sus tareas."

¿Escuchaste el saludable consejo? Yo lo repito una y mil veces, diciéndote hoy con más razón que cuando cayeron los cabellos de tu frente bajo la tijera del Pontífice: *induat te Dominus novum hominem*. Un nuevo horizonte se abre delante de tí: vas á empezar la vida azarosa del predicador y el misionero: revístete, pues, de una

fortaleza antes desconocida, despójate de todo lo antiguo, sé de hoy en adelante un hombre nuevo, formado en el molde de que salieron los Apóstoles que convirtieron al Mundo Viejo, y los misioneros que conquistaron al Evangelio el nuevo mundo que habitamos. *Confortare et esto robustus*. Esfuérzate y sé robusto, porque lo que á mí me niega el Señor, á tí y á tus hermanos se dignará sin duda concederlo: vosotros veréis convertido este pueblo y terminado el templo que apenas he podido comenzar.

## II.

¡Pueblo santo de Dios! Bello y consolador espectáculo es el que en su misericordia me ha concedido el Señor presentarte en este día. Circundado de mis seminaristas he ungido sacerdote á un joven Levita, cuyo corazón arde en deseos de evangelizar estas regiones, y que ha abandonado su hogar para convertirse en siervo tuyo. ¡Y no es una escena aislada é insólita la que hoy me llena de alegría! En menos de un año es la cuarta vez que mis manos se imponen sobre la cabeza de misioneros, destinados á vivir entre vosotros, y á guiaros ahora y llevaros después que yo falte, á la tierra de promisión. Regocijaos conmigo, amados oyentes, y dad gracias á Dios que no nos desampara en medio de tantas tribulaciones; que nos aflige y castiga, sí, pero no nos niega sus consuelos y bendiciones.

Sin embargo, aunque debe henchirnos de gozo el contemplar á vuestro nuevo padre espiritual y esforzado caudillo, hay consideraciones que cubrirán de rubor vuestras frentes. ¿Dónde, entre tantas piadosas mujeres como me rodéan, dónde se encuentra la madre del recién consagrado presbítero? ¿Hay alguno ó alguna entre los presentes que pueda decir: yo mecí su cuna, yo guié sus primeros pasos, aprendimos juntos las primeras letras, juntos estudiamos los rudimentos de las ciencias?..... ¡Ah! Bien

lo sabéis. Lejos, muy lejos está su hogar, y ninguna de vosotras, oh madres tamaulipecas, ha sido hallada digna de arrullar en sus brazos á un sacerdote de Jesucristo. Así, pues, al mismo tiempo que os felicito por el aumento que ha tenido la sagrada milicia destinada á regir vuestras conciencias, no puedo menos que dirigiros algunas palabras de tierno y paternal reproche.

Decía Moisés al pueblo de Israel, como habéis oído en la profecía que hoy os leyeron y que voy comentando: "Sé que después de mi muerte os portaréis perversamente, y os apartaréis pronto del camino que os he mandado; y os vendrán males en los últimos tiempos, cuando hiciereis lo malo delante del Señor." Estoy muy lejos de temer tantos males para vosotros; antes bien, os auguro una época de bienandanza, que á mí no será dado presenciar. Me prometo que la piedad y la Religión establecerán su reinado entre vosotros, y me regocijo con esa brillante perspectiva. Tiemblo, no obstante, al pensar que no me suministraréis reclutas evangélicos; que no tenéis clero propio, que no hay vocaciones entre vuestros hijos, y hé aquí por qué insisto tanto y tantas veces sobre este desagradable tema. ¿Qué será de vosotros el día en que vuestro Pastor, agobiado su cuerpo por la edad ó alguna dolencia, quebrantada la energía de su alma por las contradicciones, impedido tal vez por obstáculos imposibles de superar; qué será, cuando no pueda emprender los continuos viajes que ha acostumbrado hacer en busca de auxiliares? ¿Cómo quedarán vuestros pueblos sin párrocos ni misioneros? ¿Cómo crecerán vuestros hijos, no sólo sin guías espirituales, sino probablemente con apóstoles del error que ocuparán el lu-

gar de los ministros católicos? ¿Quién os auxiliará en el lecho de muerte? ¿Quién bendecirá vuestras uniones? ¿Quién regenerará á vuestros hijos con las aguas saludables del bautismo?

Triste es el cuadro, y no puede menos que hacernos temblar tan triste perspectiva. ¡Y se convertirá en realidad, si vosotros mismos no ponéis pronto y oportuno remedio! Es preciso que cese la situación anormal de nuestra Iglesia. Es menester, ¡oh madres! que seáis generosas para con Dios que os ha dado vuestros hijos, y que le devolváis alguno, al menos, de los que se ha dignado concederos. Que vuestro buen ejemplo, vuestra vida cristiana, vuestros piadosos consejos los vayan preparando desde la infancia para el santuario. Que nada vean, que nada oigan que pueda inspirarles aversión á esa clase privilegiada, que el mundo aborrece precisamente porque está de él segregada por la virtud y por la profesión de una vida pura y santísima. Dádnoslos desde temprano, dádnoslos sin vacilar; no neguéis al santuario el tributo que os pide. Así se perpetuará la raza sacerdotal entre vosotros, como en toda tierra cristiana, y cesará esa triste necesidad de buscar en ajenos territorios incierto y precario socorro.

### III

No puedo ocultaros el inmenso gozo que me ha animado esta Semana Mayor, al celebrar los divinos oficios en mi nueva y definitiva Catedral. Al pasar el Jueves Santo en solemne procesión, parte por el antiguo templo, parte por la recién construida nave, entonaba con doble fervor las palabras del himno de la Iglesia: *Recedant vetera, nova sint omnia, Corda, voces et opera*. Todo indica, en efecto, el estado de transición en lo moral y en lo material; y así como deseo y os exhorto á que os despojéis del hombre viejo, y á que revistan nueva forma vuestros corazones, vuestras palabras, vuestras acciones, así suspiro por el momento en que acaben de caer bajo nuestro martillo esos arcos deformes de la antigua raquílica parroquia, y se eleven, paralelas á la que nos cubre, las otras dos naves que formarán un templo vasto y suntuoso, é inaugurarán una nueva época en la arquitectura nacional.

Sí, Hijos míos, con santo orgullo y complacencia me extasío contemplando las delgadas y esbeltas columnas que sostienen los graciosos arcos ojivales, coronados de ébano precioso. Es la primera catedral de estilo gótico que se construye en el país, y bendigo la feliz casualidad que me obligó á desechar mi plan primitivo de erigir una Basílica á la Romana, y á adoptar otro más acomodo-

dato á nuestras circunstancias, á nuestras necesidades y á nuestra situación. Cuéntase que los pueblos del Norte, al convertirse al cristianismo, recordando que en los bosques habían adorado á sus dioses, quisieron imitar en los templos aquellas selvas majestuosas y espesas que les habían prestado á sus padres imponente albergue. De aquí es que en las delgadas, altísimas y multiplicadas columnas, imitaron los troncos gigantescos al par que esbeltos de los árboles de la floresta. Por adornos escogieron hojas y ramos, copia fiel del follaje que les daba sombra; y en vez del recto artesonado ó del arco redondo, introdujeron el ojivo, largo y agudo como los arcos naturales que los mismos árboles forman en la selva al juntarse. ¿Qué mejor estilo, por tanto, para un pueblo que cifra su orgullo en sus vírgenes bosques de preciosas maderas, que aquel que los imita á lo vivo y retrata las selvas en que sus hijos abrieron los ojos?

Como para corroborar la opinion que acabo de citaros, vuestros artesanos y alarifes, que no siempre habían podido construir con perfección el arco romano en las otras fábricas que he emprendido; sin modelo que imitar, sin haber visto edificio gótico alguno, comprendieron al momento las condiciones del ojivo, y como veis, no hay tacha que poner á esa serie de arcos de elevadas puntas, ni á esas ventanas, parecidas á las de la Edad Media, que se ofrecen á nuestra vista y contemplo con deleite especial. ¡Lado sea Dios, Hermanos míos! Ya que no puedo esperar el ver terminada la iglesia, cábeme al menos la satisfacción de que la parte que llevamos construida, es por sí sola mayor que todo el recinto del antiguo templo. Caigan, pues, los restos de los viejos muros que

aún quedan en pié, y esta noche de resurrección espiritual, renazca también de sus ruinas el edificio material. ¡Ah! ¡Cuánto hubiera deseado antes de la ausencia tan larga que me aguarda, haber cimentado los mármoles y columnas del precioso altar que os traje hace un año! Habría querido, al menos, dirigiros estas palabras desde el rico púlpito de entallada encina que veis en el vestíbulo del Seminario, cubierto aún por la enorme caja en que atravesó el Océano! Dios no lo ha querido, y sólo me ha sido dado consagrar con mi mano la fuente bautismal, último don quizá de vuestro primer Prelado....

¡Arcos, columnas, bóveda sagrada! Que el Señor os colme de bendiciones, que jamás os hiera el rayo ni os haga caer la malicia de los hombres. Que siempre se vea lleno este recinto de piadosas multitudes, y que ningún acto indigno venga á profanarlo. Que presto se vea terminada la casa del Señor, y que ningún acontecimiento interrumpa nuestros sagrados trabajos. Que á vuestra sombra sean ungidos mil y mil sacerdotes nacidos en este suelo; y que en la fuente que hoy consagramos se regenere infinidad de fieles, cuya túnica bautismal nunca se manche. ¡Que las bendiciones más escogidas caigan, en fin, sobre el nuevo presbítero, sobre todos mis auxiliares en el santo ministerio, sobre el pueblo fiel, y sobre el augusto templo cuya primera nave acabamos de inaugurar! *Así sea.*